



La historia moderna y el descubrimiento de América en las páginas de ALCÁNTARA

A lo largo de los cincuenta años de su existencia, la revista ALCÁNTARA tuvo ocasión de plantear en sus páginas numerosos temas, evocaciones y recuerdos de carácter histórico, especialmente encuadrados en la época que se ha venido llamando «Moderna», que abarca desde el Renacimiento del siglo xv hasta la Ilustración del xviii; en los cuales coincidió, para el caso de la historia española, con el descubrimiento, colonización y administración de aquel gran imperio colonial americano que despertó y mantuvo las vibraciones más íntimas del orgullo nacional.

No se puede decir que los creadores de esta revista tuvieran el deseo de editar una publicación de carácter histórico o de análisis social, como tampoco pensaron en una revista científica o filosófica, sino que desde su comienzo procuraron darla un fuerte carácter literario, poético y lírico, aun a pesar de gravar en su portada un nombre tan sugerente como ALCÁNTARA, con símbolos y marcas que evocan viejas glorias del devenir patrio. Quizá por ello, por ese carácter tan literario es por lo que se advierte en algunos de los artículos sobre esta temática del pasado un tratamiento excesivamente ensayístico, elucubrador y especulativo que resta valor documental a estos trabajos.

La singular oportunidad en que tuvo lugar la fundación de ALCÁNTARA, en medio de la tensión espiritual y política que produjo una prolongada posguerra —cuando acababa de producirse, además, el trágico final de la Segunda Guerra Mundial—, explica un tanto el lenguaje empleado, los conceptos ideológicos manejados y el enfoque general que se daba a los temas a tratar.

En 1945 sólo hacía seis años que había concluido la «Gloriosa Cruzada» contra el comunismo y la masonería, y esas formas arcaicas e historicistas que transpiran los primeros números nos recuerdan aquel ambiente ultranacionalista, católico, inquisitorial y maniqueo en el que la España oficial asumió el papel de «Reserva espiritual y moral del Occidente» para regenerar a las decadentes democracias europeas que habían perdido el sentido providencialista y «nacional-católico» que se conservaba en la gloriosa y aislada España.

Menéndez y Pelayo volvió a relumbrar como padre de la historia nacional, como develador de «heterodoxos», impulsor y paladín de los valores más íntimos y trascendentales del «ser de España», profunda y radicalmente católica. Detrás de las ingentes obras del gran polígrafo cántabro se alinearon autores tan conspicuos como fray Justo Pérez de Urbel y toda la pléyade de historiadores que exaltaron los momentos estelares del reinado de Isabel y Fernando, del refulgente Imperio Carolino, la grandeza de Felipe II, la «epopeya americana», con sus «Dioses nacidos en Extremadura», a través de los cuales se quería enseñar a los jóvenes la dignidad castrense, patriótica y religiosa con la que debían teñir toda su vida.

Ya en el número 9 (15 de mayo de 1947), un curioso artículo sobre la «Bizarria, caballeridad y nobleza de tres capitanes españoles» escarbaba en los dramas de Eduardo Marquina, en los romances de capa y espada, o en obras como *La Virgen de los últimos amores*, para concluir que «Bizarria, caballeridad y nobleza, son flores que adornan al soldado español, que aureolan su figura, que destellan brillantes, desde el remoto campo de batalla y llegan a la poesía, lenguaje de los dioses». Y así, de nuevo en el número 18 (1949), encontramos otro breve artículo sobre «Extremadura y América», donde el autor se deja escapar por entre los puntos de la pluma el «chauvinismo» trasnochado de estas ideas polvorizadas y un tanto racistas.

En un número anterior de la revista (n. 16), Pompeyo Cruz había publicado una «Carta a un español antiamericano» a la que glosa Santiago Gaspar en su exaltado artículo: «España mezcló su sangre con la india, resultando así la «raza criolla», mestizaje exclusivo de la conquista de España. Pero, además, les infundió su religión, su espíritu hispanista, su civilización, y les dio su lengua...». De ahí que ser un español «anti-americanista» es monstruoso y está inspirado por la masonería y otros

enemigos de España. Un oscuro horizonte se cierne sobre Europa «por haber variado su misión en la historia, sustituyendo sus ideales por ideales extraños, opuestos a su destino»... Pero España debe volver a su senda tradicional, como las demás naciones de «raza latina» «cuya decadencia ha sido el castigo a su apostasía nacional; porque como dice el egregio Polígrafo Montañés: «No puede crear nada nuevo el pueblo que abomina de sus tradiciones»».

En 1951, el 22 de abril, se cumplieron los quinientos años del nacimiento de la reina Isabel I «La Católica», lo cual daría ocasión para hacer una incursión en la historia a los autores y redactores de ALCÁNTARA. Miguel Muñoz de San Pedro introdujo el número del 30 de abril (n. 42) con un articulito describiendo pormenorizadamente «Un retrato inédito de la Reina Católica» existente en la sillería del coro de la Catedral de Plasencia, como homenaje a «la gran Reina forjadora de la unidad nacional y de la grandeza del Imperio Hispano». Unas páginas hacia el interior del cuadernillo, Mariano E. Cardenal publicaría un verdadero alegato racista: «Ante el V Centenario del nacimiento de Isabel I de Castilla», recogiendo los tópicos más manoseados y las aseveraciones más contumaces de «hipernacionalismo» sobre «... la herencia sacrosanta que nos legaron ese bendito puñado de héroes y mártires de que se nutre constantemente nuestra raza...». Todos los pueblos del mundo nos miran asombrados por la «... magnífica evocación de todas nuestras grandes y numerosas gestas, a las que podemos calificar de providenciales, porque ése fue, sin duda, el alto designio con que quiso honrarnos Aquel que todo lo dispone...». «... Ganamos para la Cristiandad muchos millones de almas...» —las de los indios americanos—, «... seres que vivían con la misma condición que las bestias fueron redimidos de su esclavitud; y los trabajos se hicieron más humanos, la producción mejor dirigida, el respeto mutuo por encima de todo, la obediencia ante las jerarquías, una férrea disciplina».

La retórica patriótica del señor cardenal insiste en que «... España había sido elegida para ser uno de los más importantes pueblos...» y los reyes y los héroes de la época habían de facilitar «... los preparativos de la batalla final a los enemigos de Dios...».

En ocasiones, este mismo entusiasmo exaltador de valores patrios y de excelencias de la raza hispana, escogida por la Providencia, no duda en hacer afirmaciones como las del señor Arsenio Muñoz de la

Peña, en otro de los trabajos aparecidos en este número 52 de la revista: «Reflexiones en torno a Fernando El Católico», como que «... los sabores domésticos los descargaba a golpes de espada sobre la cabeza de los moros» (*sic*), o que «en España existían las gusaneras de judíos y moros...», por lo que «... él —Don Fernando— trezaba limpiamente planes para acabar con el último reducto mahometano, leyes para sujetar la intromisión judía y ejércitos que imponían su política en Europa». Que no eran ciertamente acciones muy virtuosas. A veces, suponemos que por ignorancia o por pasión patrioterá —que viene a ser lo mismo—, el señor Muñoz de la Peña afirma que Alejandro VI de Borgia fue un Papa «modelo de equidad y exactitud»; que Fernando «El Católico» era tozudo por ser aragonés (?), y remata el artículo asegurando que «por finura espiritual el español toma para sí las empresas más altas del quehacer universal, y si no tiene la soberbia de creerse pueblo escogido por Dios, elige empresas cimeras como propias y las remata divinamente...». Por supuesto, hemos de aclarar y subrayar que eran excepción los autores que se movían en el ámbito de esta fatuidad interpretativa de nuestra historia.

Una nueva oportunidad para hacer de ALCÁNTARA un tratado histórico fue la conmemoración de la muerte de Carlos V en Yuste; efemérides que se celebró en 1958 publicando un número monográfico en el que colaboraron Carlos Callejo Serrano, Blas Piñar —entonces director del Instituto de Cultura Hispánica—, Domingo Sánchez Loro, Miguel Muñoz de San Pedro —conde de Canilleros—, Marcelino González-Haba —sacerdote de ideas muy fijas—, Narciso Sánchez Morales —igualmente escritor de fuerte fundamentalismo católico—, Valeriano Gutiérrez Macías, y otros colaboradores habituales de las páginas de ALCÁNTARA con sus composiciones poéticas y literarias.

El artículo de apertura iba firmado por Carlos Callejo Serrano: «El proceso de hispanización de Carlos I», que también recogía ese «providencialismo» reinante en el país —que hacía a Franco «Caudillo de España por la Gracia de Dios»— y cuyos «designios divinos providenciaban así el futuro cesáreo del niño de Gante...» (*sic*). Y afirmaciones claramente erróneas, como que «... una de las primeras y más importantes etapas de la hispanización del Emperador está en su matrimonio con la dulce y grave Isabel de Portugal...» muerta tempranamente «... guardó a su memoria castidad absoluta...» (*sic*).

La colaboración de Blas Piñar sería el discurso que pronunció en la Diputación Provincial con motivo de la clausura del III Congreso Internacional de Cooperación Intelectual, que se había celebrado en Badajoz y en Guadalupe. Otros trabajos serían los de Domingo Sánchez Loro sobre «Las Exequias en vida del Emperador»; de Miguel Muñoz de San Pedro, glosando «Una carta del Emperador Carlos V»; otro de Marcelino González-Haba sobre «El Mundo de María (Devoción del Emperador Carlos V a la Virgen Purísima)»; de Narciso Sánchez Morales sobre «La Genealogía carolina predisponía al Imperio»; de V. Gutiérrez Macías sobre «Carlos V y la Alta Extremadura», y de Fernando Bravo acerca de «El Emperador Carlos en el cancionero extremeño». De este IV Centenario, tan ampliamente conmemorado, nacería al parecer la «Asociación de Caballeros de Yuste» como nueva Orden de Caballería, con sus estatutos, reuniones anuales, ceremoniales, etc.

En los años siguientes, el continuo crecimiento de la nómina de autores que publicaban en ALCÁNTARA durante las fértiles décadas de los años sesenta y setenta, enriqueció también el temario de los asuntos tratados en sus páginas. De esta manera comenzarían a salir a la luz viejos documentos de los siglos XVI y XVII que describían la vida extremeña; como el publicado por el Dr. don Marceliano Sayans Castaño sobre la vida placentina (n. 136), los numerosos estudios de Ángel Dotor sobre «Las ciudades del Descubrimiento: Cádiz» (n. 138) y «Jerez de la Frontera» (n. 140), «Las empresas marinas del Gran Duque de Osuna» (n. 147) y otros muchos que sería prolijo citar.

En este mismo número de la revista se rememoraba el IV Centenario de la ilustre poetisa mística de Jaraicejo, doña Luisa de Carvajal y Mendoza, en un artículo de don Teodoro Fernández, archivero de la Diócesis de Coria-Cáceres, que habría ya de colaborar asiduamente en las páginas de ALCÁNTARA. En realidad, la revista tuvo siempre muy buena memoria, subrayando en sus títulos y colaboraciones centenarios, bimilenarios, anuarios, rememoraciones varias y homenajes al pasado que iban cayendo a lo largo y ancho del tiempo, y que de alguna manera tuvieran relación con Extremadura.

Se comenzó con el Centenario de San Pedro de Alcántara (n. 138) y el citado de doña Luisa de Carbajal —cuyo nombre se impuso a una instalación educativa de la Sección Femenina de F.E.T. y de las J.O.N.S. que había sido antes Instituto de Segunda Enseñanza y Noviciado de

Jesuitas—. En 1968 se conmemoró el «Bimilenario de la Fundación Histórica de la Ciudad de Cáceres». Efemérides controvertida y criticada, pero que daría ocasión a una serie de celebraciones y hasta a un «Congreso de Historia Cacerense», que no parece haber tenido continuidad. Al año siguiente se continuaba con el Centenario de la Boda de los Reyes Católicos, recordada en el número 157 por el mismo archivero del Obispado, don Teodoro Fernández; con nuevos artículos sobre la historia moderna extremeña debidos a las plumas, siempre diestras y diligentes, de Gutiérrez Macías, Sánchez Morales y Valentín Soria Sánchez, quien publicaría un curioso artículo sobre «La organización política en Aragón, centro del Imperio de Carlos V» (n. 155), en el último número que iba a dirigir personalmente Pedro Romero de Mendoza, que moriría por estas fechas, pasando el testigo de ALCÁNTARA a don Valeriano Gutiérrez —para los números 156 y 157— y a Carlos Callejo Serrano desde el número 158 en adelante.

El cambio de mano en el timón de la revista no iba a significar ningún cambio de rumbo en su diseño, ni en la inspiración o espíritu de sus editoriales. Sus novedades serían la convocatoria del III Congreso de Estudios Extremeños y la próxima creación del Colegio Universitario de Filosofía y Letras de Cáceres, que sí iban a ser hechos influyentes y notables en el futuro de la publicación y de la ciudad. Nuevos centenarios para el año 1971 encuadrados en la Historia Moderna del país; por un lado, la memorable batalla del golfo de Lepanto, que desencadenó nuevas especulaciones patrióticas; por otro, la figura del original maestro Gonzalo Korreas, que habría de dar su nombre al recientemente creado Instituto de Bachillerato de Jaraiz de la Vera. Desgraciadamente, en el número 167 del mismo año también habrá que despedir a uno de los colaboradores más destacados de ALCÁNTARA, don Miguel Muñoz de San Pedro —conde de Canilleros—, cuya obra literaria e investigadora le había situado al frente de la erudición extremeña. Aun a pesar de su muerte, varios trabajos suyos, inéditos, serían aún publicados en los números siguientes.

Baste recordar, en esta breve referencia a los destellos de Historia Moderna que aparecieron en los cincuenta años de la revista, que a la gestión personal del conde de Canilleros en las instancias madrileñas del gobierno se debieron la declaración de Cáceres como Ciudad Monumental Histórico-Artística y la creación del Archivo Histórico de Cáceres —situado durante años en el Palacio de La Isla—, del Ministerio de Edu-

cación Nacional. Fue hombre muy activo en cuanto a aportaciones y descubrimientos; sacó a la luz el «Mantel de la Sagrada Cena», olvidado en la Catedral de Coria —según nos recuerda Díaz de Bustamante en la presentación de la «Bibliografía de las publicaciones Históricas de Miguel Muñoz de San Pedro, Conde de Canilleros (1922-1965)», publicado en Valencia en 1966 —también exhumó los cadáveres de Enrique IV y su madre, la reina doña María, en compañía del Dr. Marañón y de Gómez Moreno, en Guadalupe; igualmente exhumaría los restos de fray Nicolás de Ovando en San Benito de Alcántara, etc.

La Universidad de Extremadura, a partir de su creación en 1973, penetró profundamente en la revista ALCÁNTARA; aunque, desdichadamente, la revista ALCÁNTARA apenas entró en la Universidad. Una pléyade de profesores del Colegio Universitario y de la Facultad de Filosofía y Letras se convirtieron en refuerzo de los habituales colaboradores de la revista: don Ricardo Senabre Sempere —director y decano, respectivamente, de ambos centros—, Ángel Rodríguez Sánchez, Gonzalo Barrientos Alfageme, Enrique Cerrillo y Martín de Cáceres, Antonio Rubio Rojas —que era también archivero municipal—, María del Mar Lozano Bartolozzi, Eustaquio Sánchez Salor, Miguel Rodríguez Cancho y otros varios autores —profesores y catedráticos de la nueva Universidad— se unieron a los antiguos y fieles cooperantes de la publicación haciendo que los temas y argumentos de sus artículos fueran, además, objetos de investigación en el campo de todas las especialidades literarias, geográficas o históricas; desde la Arqueología o la Historia Antigua hasta los más actuales problemas de la sociedad contemporánea.

Centrándonos en la Historia Moderna, iba a ser la demografía histórica la que proporcionase los mejores y más amplios argumentos a los estudios publicados por el profesor Ángel Rodríguez, sobre la incidencia en Cáceres de enfermedades contagiosas del siglo XVI, oficios y profesiones de la población cacereña e incidencias de penas y castigos, condenas, torturas y muertes en esta desdichada ciudad. Sus inmediatos colaboradores, Miguel Rodríguez Cancho, Isabel Textón Núñez y José Luis Pereira Iglesias, seguirían esta línea de investigación y publicación en los siglos XVII y XVIII.

Una larga temporada de seis años —entre 1974 y 1980—, que coincidiría cronológicamente con la transición política de España, de la dictadura franquista a la democracia, quedó ralentizada la publicación de

ALCÁNTARA, y cuando en este último año se reinició su publicación regular, el espíritu y el diseño de la revista habían sufrido una profunda metamorfosis, ya que renacía como folleto explicativo de la política seguida en la Diputación Provincial como órgano de información y propagación de opiniones o reportajes periodísticos sobre los problemas cacereños. Ya se ha relatado cómo el nuevo director, Domingo Tomás Navarro, buscó entre sus colegas de la información a sus colaboradores más directos, y de ello se derivó que el interés por la Historia Moderna —y por la Historia en General— se enfriase de manera notoria. En el número 1 de esta nueva época, el profesor Ángel Rodríguez publicaría un breve ensayo sobre «Construir otra Historia» con peculiares teorías sobre el concepto de esta ciencia; y en el número 17 (año de 1982), ya a punto de extinguirse el período, Santos Benítez Floriano publicaría otro ensayo sobre la «Presencia cacereña en las Cortes de Castilla y León», como únicas muestras de ese desinterés por el pasado.

Será en la «Tercera Época» —así, con mayúsculas— cuando la Historia Moderna y la Historia de Extremadura adquieran consistencia y espesor en las paginaciones de la revista. Numerosísimos artículos, estudios, reflexiones, investigaciones y trabajos de profesores de la Facultad, de catedráticos de Bachillerato y de expertos especialistas en los temas de referencia —algunos incluidos en el Consejo de Redacción— cooperaron entusiásticamente con su nuevo director, Romano García Martínez, quien, primero como director de la Institución Cultural «El Brocense» y luego ocupando el mismo puesto y responsabilidad en la revista, dio a ésta un importante giro para situarla completamente orientada a la investigación universitaria, a la creación literaria y a ser reflejo de la rica vida cultural cacereña. Todo ello explicado, en palabras del mismo director, en el número dos de la nueva etapa.

Los temas tocados en los numerosos artículos de Historia Moderna en los números siguientes fueron muy variados: desde «La explotación del viñedo en la tierra de Cáceres durante el siglo XVI», de José Luis Pereira Iglesias, inserto en el número 4 (1985), o «La Extremadura Septentrional entre 1640 y 1668», firmado por Fernando Cortés Cortés y publicado en el número 5 del mismo año, hasta el número especial dedicado a «Las fuentes locales para el estudio de la Historia de América», número 7 de 1986, que ya se adelantaba a la inmediata celebración del V Centenario del Descubrimiento, que tendría lugar unos años des-

pués y que fue integrado por artículos de los profesores: Ángel Rodríguez, José Luis Pereira Iglesias, Miguel Rodríguez Cancho e Isabel Testón Núñez.

Otros prestigiosos autores del claustro de la Facultad de Historia publicarían en ALCÁNTARA, como Melquiades Andrés Martín con «El Primer documento dirigido por Carlos V a la ciudad de Trujillo (14-II-1516)», en el número 16 de 1989; Miguel Ángel Melón González, «Notas para el estudio de las reformas fiscales de la segunda mitad del siglo XVIII en Extremadura», en el número 11 de 1987; José Luis Pereira, «La realidad socioeconómica de Extremadura en la etapa del Descubrimiento», número 17 de 1989, y otros varios que resulta reiterativo relacionar aquí, en cuanto que ya hay publicados catálogos referenciales de los artículos y trabajos en números anteriores de la revista ALCÁNTARA. Otros colaboradores salieron de las filas de los catedráticos de Enseñanzas Medias, si bien con probada aptitud para la investigación, en cuanto doctores por diversas Universidades; tal era el caso de Santiago Aragón, Fernando Cortés, Felipe Lorenzana de la Fuente y otros de reconocida solvencia.

Los números 13 y 14 de 1988 se dedicaron monográficamente a un número especial de debate que se tituló «Extremadura como problema», con diversos enfoques que no encajaban en la consideración histórica que aquí desarrollamos; el mismo caso serían los números 31 y 32, dedicados a «Las Hurdes» desde una perspectiva geográfica, económica o etnográfica, que queda fuera de nuestro encuadre.

No creemos necesario subrayar la necesidad actual —el Cincuenta Aniversario puede ser una oportunidad inteligente— de publicar un «Catálogo General» y completo de todos los trabajos e investigaciones publicados en ALCÁNTARA; «Catálogo» que clasificaría y relacionaría autores, temática, títulos e índices onomásticos y topográficos para su fácil utilización. Tampoco sería inútil recopilar aquellos artículos más significativos sobre temas monográficos —en este caso de Historia Moderna o del Descubrimiento de América— y reeditarlos en forma de libro, por las aportaciones y curiosidades que sin duda habrían de tener.

Esperemos que los responsables de la Institución Cultural «El Brocense» puedan acometer estas iniciativas.

MARCELINO CARDALLIAGUET QUIRANT